

El jardín botánico de la medicina catalana

Juan Manuel Fischer Rodríguez*

ELENA GUARDIOLA PEREIRA, JOSEP-ELADI BAÑOS DÍEZ (2022): *Eponímia mèdica catalana (IV)*. Barcelona: Fundació Dr. Antoni Esteve; 195 páginas. ISBN: 978-84-124247-3-7. Acceso electrónico.



Si se atiende a los conceptos que suelen asociarse a los jardines botánicos, no resulta extraño encontrarse con términos como *documentación, conservación e investigación*. Estas mismas ideas son las que también se podrían vincular con la lectura de este cuarto volumen de *Eponímia mèdica catalana*, que recoge

la Fundación Dr. Antoni Esteve en formato electrónico y que consigue mostrar con mimo un exhaustivo trabajo documental y de investigación sobre los epónimos médicos catalanes.

En esta cuarta entrega, dividida en veinte capítulos, los autores Elena Guardiola Pereira y Josep-Eladi Baños Díez presentan a diecinueve personajes de la medicina catalana de los que surgen cincuenta y siete designaciones metonímicas. En dicha publicación se incluye, también, un apartado en el que se hace referencia al gentilicio *catalán*.

La metodología y el modelo expositivo empleados por los autores son muy concretos y eficaces: cada sección se plantea en torno a tres partes muy diferenciadas. La primera consiste en una breve identificación del epónimo (o epónimos); la segunda ofrece información biográfica en orden cronológico sobre la persona eponimizada; finalmente, la tercera brinda un contexto detallado sobre todo lo relacionado con el tropo, bien sean los antecedentes históricos, la vigencia del mismo o, también, su uso.

El orden de los capítulos, en cambio, no se rige por un orden cronológico, sino por una línea alfabética que nos lleva a una alternancia continua entre los siglos XVIII y XXI, a una disyuntiva intermitente entre los epónimos de estricto origen médico y los de origen en las ciencias naturales no médicas.

En las primeras páginas, el lector se encuentra con los apartados dedicados a Joan Francesc Bahí Fontseca y al Bálsamo catalán, en los que destaca un elemento transversal común: la importancia de las traducciones como vehículo para generar conocimiento. De este modo, en el caso de Bahí, fue él mismo quien tradujo del latín al castellano una de las principales obras de botánica del siglo XVIII, en la que añadió, además, una *Memoria del traductor* mediante la que incentivaba a sus alumnos al estudio de la fitología y resaltaba la importancia de esta ciencia para la medicina. A seguir, queda patente que las versiones al castellano de autores extranjeros como Joseph Jakob Plenck y C. Sprengel resultaron de gran importancia para el incremento en el uso de los bálsamos que se produjo a mediados del siglo XIX.

El tercer y cuarto capítulo están dedicados a los epónimos relacionados con los hermanos Bartrina. Si en el caso de Lluís Bartrina Soler el paso del tiempo parece no haber hecho justicia al precursor de la hemodiálisis —de él derivan los epónimos

* Estudiante del Grado en Traducción e Interpretación, Universidade de Vigo (España). Dirección para correspondencia: frjuanmanuel@gmail.com.

riñón de Bartrina, fenómeno de Bartrina y fenómeno paradójico de Bartrina— el nombre de Josep Maria Bartrina sí ha quedado unido a la historia de la urología, pues a él se le debe el descubrimiento de las glándulas periuretrales, conocidas también como *las glándulas de Bartrina-Motz*.

En las páginas dedicadas a Joaquim Codina Vinyes, tal y como ocurría con Joan Francesc Bahí, se observa el nexo existente entre biología y medicina. Investigador y predecesor de la micología catalana, uno de los grandes méritos de Codina fue, quizás, la forma en la que divulgó su conocimiento, siempre con el lector en mente y con un claro objetivo didáctico.

Pese a que, en este cuarto volumen de *Eponimia mèdica catalana*, la presencia de epónimos relacionados con las ciencias naturales no médicas supera con creces a los estrictamente médicos —36 de los 57 epónimos son del primer grupo—, no son pocos los nombres de pioneros en especialidades médicas que aparecen reflejados en estas líneas. Una muestra de ello son Joan Giné Partagàs, considerado como uno de los precursores de la psiquiatría y la dermatología científica en España; Miquel Prats Esteve, impulsor de la patología mamaria/sinología; o Miquel Puig Massana, ideólogo de una de las principales aportaciones de la medicina catalana a la cardiología mundial (*el anillo de Puig Massana*).

Ocurre también que, de ciertos campos médicos, figuran más de un nombre en esta obra, como, por ejemplo, el ámbito de la otorrinolaringología. Aquí nos encontramos con Jordi Perelló Gilberga y Rossend Poch Viñals. Ambos fueron prácticamente coetáneos, y uno y otro también mostraron un gran interés en el estudio de las dolencias pediátricas relacionadas con este campo. De esta preocupación surgió uno de los tropos de Perelló Gilberga, *el garage de Perelló*, un método ingenioso para evaluar las hipoacusias infantiles. Por lo que respecta a Poch Viñals, ideó un procedimiento —*la prueba de Poch-Viñals*— cuyo objetivo era explorar la audición y diferenciar el tipo de hipoacusia en la afectación auditiva bilateral. Sin embargo, Poch Viñals también se preocupó por impulsar la formación médica y, en este sentido, promovió el sistema MIR.

Elena Guardiola Pereira y Josep-Eladi Baños Díez también nos presentan dos ejemplos de personajes que estuvieron —o están— en la vanguardia de su tiempo. Uno de ellos es Josep Antoni Grífols Roig, que, sirviéndose de su ímpetu y de su inventiva, consiguió realizar con gran éxito transfusiones de sangre indirectas (cuando estas aún no eran valoradas por la sociedad civil). Otro ejemplo es el de Jordi Ró Izquierdo, actual líder de un equipo de trabajo que propuso recientemente los *criterios de Ró* —y los *criterios de Ró modificados*— y que hoy en día sigue investigando sobre la respuesta a los fármacos inmunomoduladores.

Al tratarse de un libro de eponimia, en ocasiones se da la circunstancia de que el tropo es el resultado de una combinación de nombres que responden a la colaboración entre distintas partes, como el de la polipíndula Fuster-CNIC-Ferrer, que nace del trabajo conjunto entre Valentí Fuster Carulla, el Centro Nacional de Investigaciones Cardiovasculares Carlos III y

el grupo Ferrer. Por otro lado, el origen del nombre del epónimo también puede responder a otra naturaleza, como, por ejemplo, la evolución de un aparato. Esta es la realidad del inhalador anestésico omo (Oxford-Miguel-Ombredanne), cuyas siglas provienen de la versión que hizo José Miguel Martínez del aparato de Ombredanne y de Oxford. Los fotocoaguladores Olivella-Garrigosa también se basarían en un principio similar, aunque aquí sí que lo más preciso es afirmar que el epónimo designa dos aparatos distintos.

Uno de los aspectos más relevantes de la lectura de este texto es, sin duda, el binomio que existe entre fitología y medicina. El interés por estas dos disciplinas y el intercambio de ideas con otros especialistas y catedráticos destacados fue una de las premisas que guiaron las vidas de Joan Isern Batlló Carrera, Ramon Masferrer i Arquimbau, Félix Janer Bertran o Prudenci Seró Navas. Todos ellos se dedicaron con pasión a estas especialidades, lo que, en el caso de los dos primeros, los llevó incluso a embarcarse en expediciones a territorios lejanos, donde, por desgracia, encontraron la muerte. Los cuatro comparten, no obstante, el hecho de que los epónimos que hacen referencia a sus nombres tienen un carácter honorífico realizado por terceras personas: en el caso de Batlló Carrera son especialistas como Josep Cuatrecasas, Philip Barker Webb o Marià de la Pau Graells (también vinculado con Janer Bertran); en el de Masferrer i Arquimbau es Wilhelm B. Hildebrand y, en el de Prudenci Seró Navas, son O. de Bolòs y J. Vigo.

Es este último punto el que hila, de algún modo, todo el contenido de este volumen. La obra consigue el propósito que formulan sus autores en la presentación y lo hace como si del herborista de un jardín botánico se tratase: con un afán de documentar, conservar y divulgar, pero también de cultivar y promover el conocimiento de esta materia. Por otro lado, la red de traducciones, el origen de los epónimos y el intercambio de ideas no hacen más que ahondar en la idea de un ecosistema en el que la retroalimentación entre sus actores es continua e imprescindible. En consecuencia, el binomio entre fitológico y médico, tan presente en esta obra, no podría ser más acertado.

NOTAS

1. Joan Giné Partagàs hizo una traducción de *La patología celular, fundada en el estudio fisiológico y patológico de los tejidos*, de R. Virchow, a través de una versión en francés realizada previamente por P. Picard.
2. Marià de la Pau Graells no solo fue maestro, amigo y protector de Joan Isern Batlló Carrera, sino que también fue quien acuñó el epónimo *Centaurea janerii* Graells, una especie endémica de la península ibérica que lleva ese nombre en honor a Félix Janer Bertran, a quien se le dedica un capítulo en esta obra.